

# CONALI INFORMA

## Quando nos disponemos a escuchar

Dios escucha.

«Los ojos del Señor miran a los justos y sus oídos escuchan su oración» (1Pe 3,12). Si lo que enseña el apóstol es verdad siempre, con mayor razón lo es cuando celebramos la sagrada liturgia, porque ésta es la re-presentación viva del Misterio eterno de Dios en medio de la historia. En la nuestra, en la historia de todos, de tal manera que más que nunca es en la celebración litúrgica cuando estamos delante de un Dios oyente.

Él oye nuestros pasos cuando nos acercamos a la Iglesia, aquella sencilla que está en medio de nuestro barrio o la otra grande, en el centro u otro punto de la ciudad. Escucha los pasos lentos de quien ya ha pasado tantas veces por las mismas veredas, o los pasos agitados de quien ha tenido que despertar a sus hijos, levantarlos y apurarlos para no llegar demasiado tarde a aquello tan grande y que llamamos con tanta sencillez: «la misa».

Dios oye todos los pasos y siente la satisfacción infinita de que su invitación ha sido correspondida («Nadie viene a mí si mi Padre no lo atrae», Jn 6,44). Y escuchará cuando desde el fondo del alma clamemos diciendo: *Kyrie eleison*, ¡Señor, ten piedad! Porque el triunfo de

aquel a quien llamamos de ese modo: «*Kyrios*, Señor», es el triunfo del amor y del servicio. Pero no sólo escuchará la súplica que brota de la experiencia de sabernos carenciados, sino también la alabanza de esos mismos que a pesar de sus penurias se dejan sorprender por la gloria de Dios, y la cantan.

Sí, Dios escucha.

Escucha cuando el presbítero dice: «Oremos», en esa extremadamente sobria oración que pretende reunir el sentir de todos los presentes. Escucha auscultando, como se diría del médico bronco pulmonar, el hálito de palabras tímidas que quizá no se atreven a convertirse en voz. Y cómo no va a oír ese gozoso: «te alabamos Señor», si es justamente la respuesta agradecida de quienes reconocen en estos textos proclamados –a veces en un lenguaje que nos desconcierta, hay que decirlo– la Palabra divina, la Palabra creadora de cielos y tierra, la única capaz de re-crear todo hasta el fondo.

Sí. Dios escucha todo.

Pero sobre todo, ¿cómo Dios no va a escuchar cuando es su propio Hijo el que se dirige a Él? Ese Hijo que es uno de los nuestros, uno que tomó su propio cuerpo y lo hizo «sacrificio puro, inmaculado y santo» (Canon romano).

Y nuestra liturgia es el recuerdo vivo, actual, de ese Cristo hecho ofrenda viva para siempre.

Sí, el Señor escucha todo y siempre.

¿Y nosotros? ¿Escuchamos?

Es importante ser escuchados. Pero también es importante escuchar. De ese modo podemos salir de nosotros mismos. Escuchar es construir un puente con los demás. Vencemos nuestros prejuicios, nuestras ignorancias, y podemos crecer en comunión con los demás.

En la liturgia, es fundamental saber escuchar. De ese modo somos capaces de dar cumplimiento al gran mandamiento del antiguo testamento, que por cierto está plenamente vigente: «Escucha Israel» (Dt 6,4) y que también se expresa como un hondísimo deseo de Dios: «Ojalá escuchen hoy mi voz...» (Ps 94).

Es verdad que a la palabra de Dios se llega por el estudio de la Biblia; por la experiencia siempre fundamental de la *lectio divina*; por la lectura comunitaria, o por el recuerdo incesante de algunas de sus palabras, al estilo de la oración de Jesús. Pero aquí de lo que se trata es del encuentro con la Palabra viva de Dios. Hay algo diferente. La verdad proclamada en la liturgia no es una verdad fría, abstracta, meticulosamente estudiada por los expertos. En la celebración, ella es una verdad rezada, amasada con la vida de cada día; es una verdad puesta al calor de la comunidad que la acoge y, revestida de canto, pone de manifiesto aún más su belleza. Las manos del diácono que proclama el evangelio pueden estar juntas porque él venera esa Palabra más que ninguna otra y se confía a ella. Porque reconoce en ella un

torrente de verdad y de vida que le sobrecoge. Es que «fuera de Cristo no sabemos ni quién es Dios ni quienes somos nosotros» (Pascal). Para la comunidad que la escucha, esa Palabra no es de ningún modo una abstracción. Es la visibilidad, perdón, todavía no: es, por el momento, la «audibilidad» del secreto que guardan todos los seres, ese secreto sagrado que esconde todo ser y que dice: «Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe» (cf. Jn 1,3).

¡Qué nobleza la del ambón desde donde se proclama una Palabra como ésta: única, tremenda, fascinante! En la antigüedad los construían de tal manera que evocasen la losa del sepulcro abierto en cuyo jardín se proclamó por primera vez la noticia que cambió la historia: ¡Jesús ha resucitado, vive para siempre! Con el tetramorfos: la figura de los cuatro evangelistas que contaron su historia y que gracias a ellos la conocemos nosotros. Sí, su historia. No su leyenda. Por eso los leccionarios traen al principio de cada evangelio el típico: «en aquel tiempo». Por la misma razón que en el Credo se recuerda a Poncio Pilato. Porque la Palabra se hizo carne un día concreto, de un mes de un año concreto; y en una aldea determinada, de una región determinada, y de un continente determinado (cf. Jn 1,14). Es la historicidad de la palabra encarnada. Y por eso la comunidad se pone de pie, porque quiere estar más atenta. Porque sabe que la noticia que va a oír cambió el curso de la historia y le cambia también a ella la vida.

Años antes de Jesús, se conocía entre los judíos esta sentencia: «Cuando diez o más judíos se ponen delante de la *Torah*, la gloria de Dios (la *shekinah*) está en medio de ellos». No

sabemos con certeza si los discípulos de Jesús conocerían esa afirmación. Pero es probable que sí. ¡Cómo sería entonces su asombro cuando Jesús dijera: «Cuando dos o más se reúnan en mi nombre, yo estaré en medio de ellos» (Mt 18,20). Jesús era entonces la nueva ley, aquella prometida por los profetas. Él era la nueva y definitiva palabra a la que había que escuchar para percibir la gloria de Dios que había acampado con ellos «en aquel tiempo».

Ese «aquel tiempo», que fue un ayer que pasó, ahora se transforma en un «hoy» continuo, permanente. Porque la Palabra que buscó morada sigue siempre en busca de morada donde acampar. La liturgia celebra «el único acontecimiento de la historia que no pasa» (CEC 1085). Eso quiere decir que nos introduce en el hoy eterno de esa Palabra. También Jesús dijo en la sinagoga de Cafarnaúm (cf. Lc 4,21) que la palabra de Isaías se estaba cumpliendo en ese preciso momento. Porque era su Espíritu, el que había hablado «por medio de los profetas». Y ahora es ese mismo Espíritu, el Espíritu de Jesús, el que habla, no por medio de los profetas como antes sino por medio de sus lectores, de sus diáconos, de sus sacerdotes.

El incienso a los pies del evangelionario, el único libro que merece ese honor, sube a lo alto para expresar que esa palabra venerada, ha sido acogida y puede ya volver –no vacía- al lugar de donde vino. Esa Palabra va con las manos llenas de humanidad, de toda la humanidad que recibió de quienes la acogieron, le dieron morada, y experimentaron en el diálogo creyente que se despierta en el alma, la fe. Estamos seguros de eso, porque ha sido Cristo –al que estamos unidos- el que acogió la voluntad de su Padre, y

lo hizo hasta el fondo. Escuchar en latín se dice: obedecer. Por eso el autor de la carta a los hebreos dice que Jesús «habiéndolo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia» (Hb 5,7-8).

Pero hay algo más todavía. Mucho más. En tiempos de Jesús hubo un grupo de griegos que quisieron ver a Jesús. «Queremos ver a Jesús», le dijeron a Felipe (Cf. Jn 12,21). Podríamos decir que en la liturgia, fundamentalmente estamos pidiendo a la Iglesia algo semejante. Ella no puede hacernos «ver» a Jesús. Pero sí nos puede hacer «oír» a Jesús. Sin embargo, decir esto es todavía poco. Hay algo más. Porque en la celebración al menos, escuchar su Palabra es en cierto modo también «ver» la Palabra; en ella vemos que la Palabra se hace pan y vino consagrados. Lo decía Agustín: «Se une la Palabra a la materia y se hace sacramento». En esos signos del pan y del vino consagrados, ahora saturados de sentido, se encuentra la Palabra eterna de Dios. Estos son realmente su divina presencia. Y en medio de ella, la comunidad en la que también –de otro modo- esa misma Palabra eterna se ha hecho parte, con ella canta salmos, con ella se ofrece al Padre, con ella vive para los demás. La Palabra, ahora sí, se ha hecho visibilidad en la Iglesia, que es por eso: «la carne de Cristo» (Gregorio de Elvira).

El misterio del que participamos en la celebración se despliega en la vida de la familia, en la vida de la comunidad. Misterio, celebración y vida van siempre unidos. Por eso, según lo que hemos puesto de relieve en esta

reflexión, podríamos decir que cada cristiano llevará ese Misterio vivo en sí mismos, lo que se modulará en una actitud de escucha y también en un anhelo de ser escuchado. Actitud de escucha para reconocer en el mundo el reclamo de sentido, de justicia, de plenitud; actitud de discernimiento para tomar todo lo bueno y santo que hay en él («Examínenlo todo y quédense con lo bueno» 1Tes 5,21). Y escuchar sin reservas al Dios que habla en el acontecer de la historia, sin olvidar que escuchar es obedecer. Y por supuesto, junto a todo ello, llevaremos un anhelo sincero de ser escuchados, o mejor, de que ese Misterio que llevamos en vasos de barro sea escuchado, acogido. Y así la Palabra divina nuevamente encuentre morada entre los hombres y todos veamos su gloria, y la cantemos.

***Javier I. Barros, presbítero***

**Septiembre 2014**